

TRES CUADROS

DEL MUSEO DEL MATRIMONIO.

I.

Descorred el velo que oculta ese cuadro.

¡Sublime pensamiento , magnífica concepcion , valientes pinceladas , brillante colorido ! ¡ Bendita sea la mano que ha llevado el pincel ; bendita la imaginacion que lo ha inspirado ! ¡ Divina realizacion de un pensamiento divino !

Acercaos á admirar sus bellezas.

Sobre el fondo de un severo santuario se destaca la augusta y majestuosa figura del anciano sacerdote ; sus labios murmuran un rezo , su frente resplandece como alumbrada por un rayo de la misericordia divina , sus ojos revelan la bondad y la pureza del corazon , su diestra bendice á los nuevos esposos , y su alma invoca sobre ellos la bendicion de Dios.

Ella , tímida doncella , pudorosa vírgen , tiembla de amor , de rubor y de felicidad. Su mano se estremece al contacto de la del esposo ; sus ojos huyen de todos los objetos. Su pensamiento vaga perdido en una atmósfera desconocida que le embriaga ; su corazon desfallece bajo el peso de opuestas sensaciones. Al atravesar el dintel del porvenir , su alma vuela por un momento á su pasado , se detiene en todos los recuerdos , acaricia todas las memorias y les dice *adios* para siempre. ¡ Qué importa !

El corazon de la esposa no llorará los sentimientos de la doncella ; el hombre que la lleva al altar sabrá llenarlo con su amor.

Tambien él tiembla. Ha llegado por fin el dia de llamar suya á la mujer á quien ha consagrado su cariño , el dia que une su suerte con la de su amada , el dia desde el cual la naturaleza , la religion , la sociedad y el amor le imponen el grato deber de velar por ella , de ser su escudo , su amparo , su providencia.

Tambien su pensamiento vaga perdido en una atmósfera desconocida , y recorre la vasta estension del porvenir , ilimitado panorama poblado de risueñas ilusiones y alumbrado por el sol de la esperanza.

Mas allá un grupo de ancianos derraman en silencio sus lágrimas de gozo y de ternura.

Y el humo del incienso sube en fantásticos grupos hasta las bóvedas del santuario, y el bronce agita su lengua sonora, y el ángel de la paz cierne sus alas sobre la sagrada ceremonia.

II.

Otro cuadro.

Es de la misma mano.

Esa mujer es la desposada del anterior; su frente ha perdido la pureza de la virgen, pero se ha engalanado con la diadema de la maternidad.

¡Qué hermosa es esa madre que duerme á su hijo sobre sus rodillas, que vela su sueño, que besa sus frescas mejillas, que alisa sus rubios cabellos, que estrecha con efusion sus tiernísimas manos!

La madre sonríe dulcemente, fijos los ojos sobre su hijo; sonrisa de amor y de felicidad, éstasis maternal, tierno arrobamiento preñado de infinitos goces y de indecibles encantos.

A su lado un hombre sonríe también. ¡Qué majestuosa y noble es la figura de ese esposo que reparte sus miradas y su corazón entre el hijo y la madre!

No hay mas figuras en el cuadro.

La felicidad no necesita testigos.

III.

El último.

La ancianidad.

Esas venerables cabezas cubiertas de plateadas canas, esas frentes surcadas por las arrugas, recuerdan todavía á los jóvenes esposos arrodillados al pie de los altares.

La vejez les impele hácia el sepulcro; la Providencia les detiene en la vida para que reciban de sus hijos en los últimos años de su vida los tiernos cuidados que les prodigaron en los primeros de la de sus hijos.

El amor es la historia de la existencia.

El niño nace amando á sus padres; el anciano muere amando á sus hijos.

Bendita sea la Providencia.

Hijos, amad á los padres si quereis que os amen y respeten vuestros hijos.

Padres, amad y cuidad á los hijos que han de ser el consuelo de vuestra vejez.

Ancianos esposos, descansad ya de las fatigas de la vida; reposad antes de bajar al sepulcro.

Madre, ese hijo á quien has dormido sobre tu seno, á quien has dado tu sangre y tu amor; padre, ese hijo á quien has concedido tu cariño, á quien has consagrado tus cuidados, tus vigili-
as y tus desvelos, ese hijo velará por vosotros, estará á vuestro lado para protejerlos, para consolarlos, para alimentarlos.

Si vuestros ojos se han cansado de ver, os guiará la mano de vuestro hijo; si vuestros labios balbucean, él adivinará vuestros deseos. Cuando vuestras almas vuelen á la region de la paz, él cerrará vuestros ojos, y mas tarde irá á derramar piadosas y tiernas lágrimas sobre vuestro sepulcro.

¡Qué tierna sublimidad respira este cuadro!

Bendita sea la Providencia.

Ana Maria R. y T.

Á UN TORRENTE.

Lágrima plateada,
La dura roca
De su calcáreo seno
Blanda te llora,
Y tú rodando
Por la verde colina
Bajas al prado.

—
Allí creces; tus aguas
Bajo las flores
Van murmurando quejas
De sus amores;
Y en tu locura,
Manchas sus blancas hojas
Con tus espumas.

—
Ya no hay cauce; destrozas
Campos, praderas,
Y á tu choque, en pedazos
Saltan las piedras;
Reina, que pronto
Arrojarás tu cetro
Del mar al fondo.

Como tú fue mi vida,
 Sencilla, blanda;
 Luego, rauda torrente
 Que hirviendo brama;
 Hoy, onda leve
 Que en las playas del mundo
 Cansada muere.

F. Danvila y C.

SILVIO PELLICO.

Ya terminó el poeta su destierro en el valle de lágrimas. Italia puede ornar con laureles su sepulcro. El cielo ha abierto sus puertas al alma del cristiano. Hombre, sufrió y lloró las miserias de la vida: poeta, cantó sus lágrimas, y cada una de esas lágrimas es un consuelo para los que sufren, porque las cantó como cristiano.

La de Silvio era una de esas almas que aman á la patria con pasión, aunque sin exclusivismo; una de esas almas que viven cumpliendo la ley de amor que el hijo de Dios predicó en el mundo. Joven y entusiasta, habia comenzado para él una época de ilusiones y de gloria; una época en que eran sus amigos la autora de *Corina*, Schlegel, Byron, Manzoni, Gioja y un sinnúmero de escritores y artistas distinguidos.

No hay un corazón noble nacido bajo el cielo purísimo de Italia, que no sueñe su regeneración: Silvio alzó su bandera en *El Conculiador*, y en torno al joven adalid se agruparon hombres de los que cada nombre es una gloria de su patria; pero la férrea verdad de la tiranía austriaca vino á destruir las doradas ilusiones de aquella banda de nobles soñadores.

Silvio fue encerrado en Octubre de 1823 en las prisiones de Santa Margarita, antiguo convento de monjas en Milan. Luego se le pasó á los *Plomos de Venecia*, y despues de subir á un cadalso para oír leer su sentencia de muerte, conmutada por *carcere duro*, fue conducido á la ciudadela de Spielberg.

Su crimen era haber deseado la libertad de su patria.
 Leed sus prisiones.

Es un libro de lágrimas, pero lágrimas santas. No hallareis ni una queja, ni una impiedad. Le vereis en medio de los mayores tormentos confiar en Dios y amar á sus hermanos.

Le escribió cuando habian vuelto para él las horas felices; pero despues de haber estado sufriendo el *carcelero duro*; despues de ver padecer y aun morir á alguno de sus amigos, compañeros de desgracia; de ignorar la suerte de sus padres y sus hermanos, y de sufrir los mas profundos dolores. Y no obstante bendice á la Providencia, tanto por sus pasados infortunios y su presente felicidad, como por todo el bien y el mal que le estuvieran reservados. *Los hombres y las cosas*, dice, *por voluntad ó por fuerza no son en manos de la Providencia sino admirables instrumentos, que sabe poner en juego para sus fines particulares.*

Leed sus prisiones. Ellas arrancan del corazon de los buenos, lágrimas, que conservarán siempre tierno el laurel de su sepulcro.

1854.

Eduardo Atard.

¡NO VIENE!

I.

D. Simplicio era rico y honrado.

Vió la luz pública en los felices tiempos de las calesas, de los tontillos y del cabello empolvado. Nació cuando se encendia lumbré con yesca y cuando se alumbraba con aceite: cuando los *pollos* iban acompañados por un eclesiástico, y cuando los hombres se acostaban á las diez: cuando las *pollas* besaban las manos á los curas y callaban en visita, y las mujeres eran amas de gobierno y no sabian escribir. En una palabra, D. Simplicio era un rezagado del siglo XVIII.

Tenia una hija, y le dió la educacion que él habia recibido.

Cada época tiene sus ilusiones y sus manías, y la educacion se resiente de unas y de otras. En la época citada las hijas vivian en una esclavitud paternal. Sus padres las dejaban sin voluntad, quitándoles los medios de emplearla, y las hacian infelices por temor de un estravio que así creian evitar, cuando, por el contrario, de ese modo las precipitaban muchas veces en él.

Les prohibian toda clase de lectura «para no abrirles los ojos,» y las hacian ignorantes. Les presentaban á los hombres como á unos mónstruos, queriendo que conservasen delante de ellos la vista baja, y las hacian hipócritas. No les dejaban mas que la triste eleccion entre un novio de real órden y un convento; y hacian contraer matrimonios sin amor, y llenaban los monasterios de religiosas sin vocacion. No les enseñaban á escribir por miedo de que

pusieran cartas á sus amantes, y que de estos aprendieran cosas que, segun sus padres, ellas debian ignorar, pero que ellas tenian olvidadas de puro sabidas; y fundaban un señorío paternal sobre la ignorancia de sus hijas, que no querian ilustrar, esclavizándolas absurdamente por temor de que fuesen libres.

Bajo este sistema fue educada Andrea, la hija de D. Simplicio. En el siglo XIX le dieron la educacion del XVIII.

II.

Andrea tenia veinte años, y muchos deseos de encontrar novio. Estaba libre, y eso que era jóven, hermosa y rica.

Pero tenia miedo á su padre.

No le faltaban aspirantes; pero su casa era inaccesible, y ella no frecuentaba reuniones, ni teatros, ni bailes, y los bailes, los teatros y las reuniones son los viveros de los novios.

Andrea se aburría.

No tenia mas distraccion que las iglesias, el balcon y la compañía de una muchacha amiga suya y vecina del segundo piso. En las iglesias siempre tenia alguna estatua viviente (a) jóven con pretensiones de novio, que la mirase de hito en hito y que no la dejase leer el devocionario ni fijarse en el santo sacrificio de la misa. Desde el balcon siempre veía caballeros andantes y jóvenes sosteniendo esquinas, los que la dirigian miradas capaces de ablandar á un bronce. Y en casa de su amiga tenia con ella esas conversaciones risueño-románticas que tienen las jóvenes cuando están solas.

No tenia novio, y parecerá extraño; pero ninguno de sus muchos pretendientes llegaba á serlo, porque tenia una criada vieja é incorruptible; porque no iba á ninguna parte donde pudiese hablar con algun hombre; porque no sabia leer ni escribir, merced á la educacion que de su padre habia recibido.

Andrea era inespugnable como Sebastopol.

No es extraño que se fastidiase.

III.

—¿Dónde me llevas, Pedro?

—A pasear la calle de una muchacha de la que estoy enamorado. Aquí es, mira sus balcones.

—¿Es la que se asoma?

—No; esa habita el segundo piso.

La muchacha en cuestion era Juanita, la amiga de Andrea. Se habia hecho la ilusion de que Pedro le paseaba la calle, y estaba en el balcon muy peripuesta y muy contenta. Sus ojos miraban incesantemente á Pedro, y parecian decirle las célebres palabras de Cromwell: «Esta casa se alquila.»

—Chico, esa jóven no deja de mirarte.

—Cree que me fastidia: se ha figurado que vengo por ella desde el dia que me enamoré de la del primer piso.

—¿Es la que sale?

—La misma: ¿te gusta?

—En extremo, te aplaudo la eleccion.

—¡Ay Pascual! Es inespugnable. No va á ninguna parte. Una carta tengo escrita para ella, y su criada no la ha querido recibir.

—Pues suprime la criada. Hazle señas; veamos si la quiere tomar.

—Tienes razon..... magnífica idea.

Pedro sacó la carta enseñándosela á Andrea. Juanita lo estaba viendo.

Andrea vaciló un momento; pero por fin hizo con la cabeza una señal afirmativa. Juanita lo estaba viendo.

Pedro preguntó por señas cómo queria recibir la carta; Andrea le dijo tambien por señas que esperase y..... se entró del balcon.

No habrian trascurrido dos minutos cuando Andrea volvió á salir con un hilo que desplegó hácia la calle. Pedro, cogiendo uno de sus extremos, ató la carta. Juanita lo estaba viendo.

Andrea, despues de pozar el hilo, desató el billete. En seguida oyó una voz que la hizo estremecer. Era Perico que la decia: «Contésteme V., mañana volveré.» Juanita veía y oía.

Pedro y su amigo desaparecieron.

Juanita se entró rápidamente del balcon, cerrando los cristales con estrépito. Se conocia su rabia en el portazo de los cristales.

Andrea contemplaba la carta y la estrujó con ira, exclamando: «¿Si no sé leer!!!»

IV.

Por la noche Andrea subió á ver á su amiga Juanita.

Hablando hablando le refirió minuciosamente la historia de sus amores, concluyendo por enseñarle la carta de Perico para que la leyese y la contestase.

Escusado nos parece decir que estaba rabiando de curiosidad por saber su contenido.

Creemos hacer á nuestros lectores un obsequio no insertando la carta: si son hombres bastantes habrán escrito, y si son mujeres bastantes habrán recibido; insertarla seria una candidez y una inutilidad. El autor es incapaz de incurrir á sabiendas en una y en otra.

Lo cierto es que Juanita leyó la carta y que Andrea la escuchaba con religiosa atencion, y que á la primera le pareció sosa y necia, y á la segunda correcta é ingeniosa; lo que prueba que en el

mundo las cosas parecen segun el prisma con que se las mira.

--Contéstale en seguida, dijo Andrea; dale á entender que le correspondo..... ¡Ah! dile tambien que á las once estaré en el balcon..... escribe corto para que no crea que he estado confeccionando todo el dia la carta.

Juanita se sonrió maliciosamente y se puso á escribir; ya veremos qué.

V.

Al anochecer, Perico, radiante de felicidad, acudió bajo los balcones de Andrea.

Segun las demostraciones que habian precedido á la entrega de su carta, el ídolo de su corazon le correspondia, y satisfecho de haber encontrado lo que buscaba no le afligia la incertidumbre, y venia contento á saborear las delicias de una felicidad adivinada.

Y no le cegaba el amor propio. En su caso, el jóven menos esquivo en galantes aventuras hubiera creído lo mismo. Andrea ya le esperaba asomada al balcon; al ver á Perico dejó caer la carta. El jóven la cogió con la velocidad del rayo, levantando la cabeza en seguida para manifestar á Andrea su agradecimiento..... pero el balcon estaba ya vacío. El que estaba ocupado era el del piso segundo.

Perico, sin embargo, no lo advirtió, y á la luz de un farol inmediato leyó la carta. Concluida la lectura desapareció como una sombra. ¿Le daba alas su felicidad?

VI.

Todavía no eran las once cuande Andrea salió al balcon. Cada bulto que distinguia á lo lejos le parecia su amante; pero se acercaba el bulto y perdía la ilusion.

—Las once no deben estar lejos, se decia. ¡No viene! ¡Yo tambien soy muy exigente! Quiero que antes de la hora esté aquí, y eso no es justo.

En este momento dieron las once en el reloj de la Catedral.

—Las once están dando..... ya no tardará en venir.

Allí distingo una sombra que anda..... él debe ser.

El bulto se fue acercando y no era él. Era un salvaguardia.

—¡Qué torpe soy! dijo Andrea al reconocer su engaño.

El tiempo pasaba y Perico no venia.

La impaciencia de Andrea iba creciendo en aumento progresivo, y la hacia esclamar de vez en cuando: ¡No viene!

Pero aun no perdía la esperanza, y buscando razones para disculparle, decia:

—Para no ser tan puntual precisamente debe haber tenido una ocupacion perentoria..... ó estar enfermo..... ¿pero si eso fuera no podia haberme escrito?

En este momento un sereno recorria la calle cantando : «Las doce.»

—¡¡ Las doce , y no viene!!! exclamaba Andrea sorprendida y encolerizada.

Y Perico no venia.

El tiempo pasaba, y Andrea perdió la esperanza de que viniera Perico.

Se levantó un airecillo de nieve que la puso mas desesperada aun.

Ya nadie recorria las calles. Unicamente de vez en cuando veia pasar alguna ronda , algun sereno, y á algun jóven que otro que volvía á su casa.

Era ya la hora de las brujas , de los serenos , de los jóvenes de mala vida , de los aires frios y de los constipados.

Una campanada clara y sonora hirió los oidos de Andrea.

—¡ La una! ¡ahora si que ya no viene!!!....gritó rabiosa, estrujando con los dedos la franja de su pañuelo.

Y en efecto , Perico no venia.

Andrea al verse burlada exclamó: ¡Esto es infucio! Le he creído y me ha engañado! Se ha divertido conmigo..... ¡esto es una infamia!.... ¡No me vuelvo á fiar de los hombres.

Y se salió del balcon rugiendo de cólera.

Al mismo tiempo se oye una carcajada en el del segundo piso.

(Continuará.)

CANTOS DE AMOR.

CANTO SEGUNDO.

I.

Las flores envian á la aurora los perfumes que durante la noche han atesorado en sus cálices.

Amanece el dia, y repito el canto que durante la noche me inspira tu memoria.

Nunca es tan hermosa la luz del sol como al nacer y espirar el dia. Yo le comienzo y le acabo evocando tu imágen, y el alma se siente llena de luz, de calor y de armonía.

II.

Ayer cuando cantaba venia de tu lado ; hoy hace algunas horas que no te he visto. Mi canto será mas lánguido y mas triste. El mundo ha venido á interponer su murmullo entre mi corazon y tu memoria.

III.

La blanca paloma que vuela sobre el bosque lleva un esparto en su pico : uno á uno va á buscarlos afanosa para formar su nido, ¡ el nido de su amor !

El estar á tu lado es para mí estar en delicioso paraíso. Si me aparto de tí , si vuelvo al mundo, es porque necesito, como la paloma, buscar espartos para formar el nido.

IV.

Menos que un hilo , menos que un cabello , te basta para aprisionarme á tu lado. Hoy te lo he dicho. Basta tu mirada para enlazar mi alma con tu alma. Así el sol hace sentir á las flores su bienhechor influjo , por medio de un rayo invisible é incorpóreo.

V.

¡Cuánto embellece á la primavera el recuerdo de los rigores del invierno !

¡Qué agradable es ver huir las sombras de la noche ante el vago esplendor del crepúsculo que anuncia al mundo la venida del sol !

¡Cuánto mas grata la apacible fuentecilla hallada en el desierto, que las corrientes de los rios caudalosos que descienden de los montes, corren por los prados y riegan los jardines!

VI.

¡Cuán grato es el volverte á ver despues de las tristes horas que estoy lejos de tí, ídolo del alma !

VII.

Las horas mas bellas del dia son las de los crepúsculos que le anuncian y le despiden, y son las mas fugaces.

La estacion mas grata es la primavera, y es la que menos dura. Sus flores mas bellas conservan menos tiempo el brillo en su corola.

Los instantes del dia que estoy junto á tí son los menos y parecen los mas breves.

VIII.

La felicidad es un perfume llevado con ligereza en alas de los vientos.

IX.

Yo he visto gentes en los templos que estienden sus brazos en forma de cruz , inclinan su cabeza y besan el suelo y el polvo que lo cubre. Yo he visto gentes que se han descubierto ante el cuadro que representa á la Vénus Citerea ó la figura de un bandido. Y he visto correr lágrimas por el rostro de un hombre al escuchar el canto de Leonor en la ópera de *Il Trovatore*.

Y he respetado el entusiasmo del cristiano que se humilla ante la nada, y el entusiasmo del artista que se descubre ante la creacion de un pincel , y llora al escuchar una armonía.

Mi canto tambien es hijo del entusiasmo. Del entusiasmo del amor.

X.

¿Quién te amará como yo , paloma mia? ¿Quién consagrará mas instantes de su vida á soñar en el objeto de su amor?

Suspiro junto á tí sin conocerlo. Las flores no saben sin duda cuándo exhalan su aroma ni por qué le exhalan. El aroma es el suspiro de amor en el misterioso lenguaje de las flores.

XI.

¿Qué importa que el capullo de la rosa esté marchito , si te ha ofrecido su aroma , si ha estado sobre tu seno , si puesto sobre mi corazon le dice *amor*?

XII.

Mujer : comprende la intensidad de mi pensamiento cuando beso esa flor marchita.....

Este ósculo encierra el recuerdo , el deseo y la esperanza. Le dan los labios y el corazon , el espíritu y los sentidos , el hombre y el poeta.

XIII.

Comprende por qué beso esa flor marchita , y no te rias de mí. Recuerda que soy como el cristiano que besa el polvo de sus plantas ; como el artista que se descubre ante un cuadro ó llora al escuchar una armonía.

XIV.

Hoy he ido al templo y he oido el canto de las vírgenes. Can-

taban las preces de los muertos, y cantaban á la memoria del que fue aquí nuestro amigo.

Sus cánticos eran terribles anunciando el día de las iras, y eran sus voces dulces y resignadas como el alma de las vírgenes.

XV.

En presencia de Dios, al recuerdo de la amistad y de la muerte, he elevado al cielo una plegaria porque he pensado en tí, amada de mi alma.

«No me prives de su amor, Dios mío, porque en él miro tu mano, y el consuelo de mis aficciones, y mi paz y mi alegría.»

Eduardo Atard.

¡ ADIOS !

¿Dónde vais, golondrinas,
cruzando el cielo?

¿Por qué habeis levantado
tan pronto el vuelo?

¡ Oh ! la venida
calmará el sentimiento
de la partida.

—
¿Dónde vais, ilusiones,
que vais huyendo?

¿Por qué dejais el alma
triste, gimiendo?

¡ Si peregrinas
volvierais como vuelven
las golondrinas !

Tomás Solanich.

CHISMES DE VECINDAD.

¡ Deliciosa mañana de Enero !

El sol envía desde ese cielo purísimo su luz y su calor mientras el aire duerme.

¡Deliciosa mañana!

Cuento en el termómetro 10 sobre 0 y me digo: «Ea, compadre, toma la capa, suelta al perro y á *tomar el sol*.» Pero.....—hay peros muy fatales—¡he de escribir!

Silvina me pide un artículo, y no puedo negarme sin cometer una grosería.

Esta contrariedad me aburre, y aunque tomo la pluma y enciendo un cigarro, en mi imaginación, tersa como un espejo alemán, no aparece imagen alguna.

¡Y sin embargo, he de escribir!

¿Qué?

Abren la ventana que hay frente á mi balcon, y asoma entre las cortinas una cabeza de veinte años.

Me escondo y acecho.

La vecina, creyéndose segura, aparta el cortinaje, hunde en el agua sus redondos brazos, la arroja á puñados sobre su cara de rosa, y la enjuga con una tohalla casera, cuyo roce saca el carmin de la juventud. Despues cuelga un espejo sobre el marco de los cristales, desata sus lindos cabellos castaños, que bajan rodando por el blanco peinador, y empuña el peine.

Bandós, trenzas, lazos; todo surge al toque de la diestra mano. Ya está.

¡Con qué inocente coquetería se sonríe al mirarse en el espejo! Ya se ve, como que el pícaro la dice que está bonita. Despareció. Irá á vestirse.

Lástima que aun hallándose sola corra las cortinas, porque no me ocurre nada en que emplear cinco minutos.

¡Qué mona está con su traje de mañana, tan ajustado y de tan poco valor!

Si yo fuese libre me enamoraría de esa mujer que madruga, que no necesita camarera, que fabrica flores por la mañana, pasea por la tarde y lee por la noche. Amen—y sea dicho en confianza—de algunas miradas que teje con mi amigo el estudiante legista, que vive sobre mí el cuarto buhardilla. Esto no es decir..... La florista teme á Dios, ama á su anciano padre, y ha recibido una sólida educación. Cuando yo digo que si fuese libre me enamoraría de ella, ya no os puedo decir mas. Si fuera la madama del cuarto principal. ¡Oh! entonces sí que.....

En hablando del ruín de Roma..... abren el balcon..... ella es.

Tendida sobre un rico divan de terciopelo, envuelta en su bata colchada y su capucha, y apoyados los pies contra los morrillos de la chimenea, se despereza bostezando.

Sus pálidas megillas, y esa ligera aureola violada que circunda

los adormilados ojos, revelan el cansancio que ocasionan las emociones de un baile. Fortuna que los polvos, mejunges, la mano de la peinadora y la habilidad de la modista, producen una chispa de la frescura que otras consiguen con dos puñados de agua.

Pero aun asimismo, ¡cuán diferentes aparecen á los ojos del *hombre!*

Mientras la una trabaja, guía á su viejo y baldado padre por esos paseos de la huerta que le reaniman, ó le entretiene con la lectura de buenas obras, la otra se *prende*, recibe á una turba de fátuos que murmuran de sus iguales, rueda monótonamente la Alameda, hundida en su carruaje, escudriña desde el testero de su palco y con los atrevidos gemelos á los prógimos de las butacas, y baila hasta las cuatro de la noche para levantarse á las.....

Verdad es que en cambio, su portero, que galantea á mi fregona, la ha referido un cuento de bancarrota, firmas falsificadas, duelo y sillas de posta, en el cual anda mezclado el nombre del marido y el de un contratista que tiene ocupado el piso primero de esta casa.

¿Y los hijos?

¿Y la moral?

¿Y los deberes cristianos?

Bah, bah, no me hagais caso, *fashionables á la alta escuela*; estoy de mal humor, y en estos momentos la copa de hiel que guardo en el alma rebosa por mis labios. Además, ¿quién me mete á reformador de costumbres, yo que no acierto á reformar las mias? No, no; quiero reir como vosotras reís, bailar como vosotras bailais; así como así, mi chaleco de etiqueta cubre muy bien el desprecio que me inspira vuestra orgullosa raza.

¡Oh virtud, virtud, hija de Dios! ¿dónde te encontraré? Los antiguos te cubrieron con una túnica de lana; nosotros, gracias si te podemos vestir una blusa de percal.

Y, sin embargo, el espíritu.....

Eh..... venga la capa; quiero aire, silencio, libertad.

En marcha, *Volador*.

F. Danvila y C.

PENSAMIENTOS.

Nada hay que prepare dos almas á la amistad como la semejanza de los destinos, particularmente cuando estos no son felices.

La cólera, como el hambre, es madre de los malos consejos.

Chateaubriand.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 22 de Enero.

Herminia mia: En lugar de acostumbrarme á estar separada de tí, se me va haciendo de dia en dia mas sensible tu ausencia. ¡Qué bien dijo aquel poeta refiriéndose al amor y á la amistad!

«La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.»

Solo encuentro consuelo en la consideracion de que eres feliz; la compensacion que tu ventura me causa, me compensa el tormento de no verte.

Nada me dices de vuestro regreso, y este silencio me hace sospechar que vuestra *luna de miel* durará algunos meses, y aguardareis en esa quinta la hermosa estacion de la primavera. Esto debe ser muy lisonjero, porque conozco lo encantador de la naturaleza en esa época del año en que los árboles se visten de hojas, los prados se tapizan de flores, el horizonte recibe nueva y esplendorosa luz, el aura vierte aromas, y la voz de la alegría resuena á lo largo de las riberas de los rios y la repiten los ecos de las montañas; pero ¡ay! para quien desea abrazarte y tenerte pronto á su lado, no es tan agradable y lisonjera tu tardanza.

No sé qué decirte de esta capital que pueda interesarte. ¿Te hablaré del paseo de la Alameda, lleno siempre de carruajes formando un largo cordon, paseo que con tanta gracia satirizaba tu esposo? Esto seria poco nuevo para quien, como tú, conoce esa decidida aficion de las valencianas á encajonarse en sus escaparates, desde donde ven sin ser casi vistas, lo cual sé positivamente que desespera á mas de cuatro amartelados galanes de los que concurren al paseo.

Y á propósito de paseos. Ayer el de la Glorieta tuvo el honor de recibir en su recinto, de dos á tres de la tarde, á una reunion bastante escogida y numerosa. Tuve el gusto de ver allí á muchas de nuestras amigas, y aun alguna de ellas me preguntó por tu salud. La inauguracion de este hasta de ahora olvidado paseo no deja de ser una novedad, y una novedad agradable. Las que concurren á él parece como que habian sido convocadas espresamente, cuando no hacian sino obedecer al impulso de una de esas inspiraciones del buen tono que aconseja siempre con tanto acierto como oportunidad. Hubo quien notó la falta de una banda militar, y sospecho que tenia razon.

Te hablaré ahora del teatro, que sigue siendo el punto mas frecuentado de la buena sociedad. Está visto; cada época tiene sus tendencias; la de la presente es la teatromanía.

En estos dias últimos las funciones, como de costumbre, han sido poco variadas; con una particularidad, sin embargo; hemos retrocedido desde *Jugar con fuego* hasta *La Vida de un jugador*; desde *Los Diamantes* hasta *La Abadía de Castro*. Figúrate con qué gusto habremos oido estos rezagos del gusto romántico, cuadros del museo de antigüedades teatrales, sombras en mal hora evocadas por Torromé y Carrion, como dice nuestro buen amigo J.

La Albini es, como te he dicho otras veces, una excelente cantante, que posee dotes artísticas muy apreciables y que hacen olvidar su frialdad en la declamacion. Cada dia alcanza mas simpatías entre el público, que no hace sino justicia á su mérito. Basta de teatros, porque no quiero repetirte que la Cristina Mendez baila como pocas, ni hacerte una relacion gacetillesca de los talentos de los actores y cantantes.

El baile del Casino, prorogado hasta el 25 por motivos de apreciable galantería, espero que será una digna continuacion del primero.

Cuando recibas mi carta, querida Herminia, estaré probablemente ocupada en los preparativos para esa noche. Ya te contaré los pormenores del baile.

Esta tarde la he pasado agradablemente entretenida, estudiando una preciosa redowa, composicion de mi amiga D. B. Voy á hacerla copiar y á mandártela la primera vez que vuelva á escribirte.

Amiga mia, me pones en el caso de acusarte y de quejarme de tu silencio. Procura no dar lugar á mis quejas y á mi disgusto por verme privada de noticias tuyas.

Tu mejor amiga,

Adela.